

IV

LA INTRODUCCION DE UN LIBRO.

LA INTRODUCCION DE UN LIBRO.

Hay hombres predilectos del Destino, y pueblos elegidos por los dioses, y siglos preferidos por la Historia:

El siglo XIX fué uno de éstos.

Recibió como herencia, el altísimo ejemplo dado al mundo por la Confederación Americana, las ideas salvadoras de muchos y muy altos pensadores, y las magnas reformas de la trascendental Revolución Francesa, que al proclamar sobre las ruinas de los antiguos privilegios la suprema igualdad, ha dado al pueblo el grandioso principio de su unidad social.

Siglo fecundo en adelantos y conquistas de la ciencia, del arte y del derecho, ha presenciado excelsos triunfos de la asombrosa inteligencia humana.

Fué testigo de sangrientos sucesos.

Presenció en Waterloo, el duelo a muerte entre el genio de un hombre y la potente coalición de Europa.

Vió los feroces, épicos combates de la última guerra Turco-Rusa, y el tremendo desastre de la Francia.

Vió a la Grecia luchar heroicamente contra el poder odioso del Imperio Otomano, hasta obtener su independencia en Andrianópolis, y vió también luchar a uno de esos pueblos elegidos, al pueblo mexicano, que honró a la humanidad al proclamar ante los déspotas del mundo, el dogma redentor y luminoso de su Constitución liberadora:

EL PUEBLO MEXICANO RECONOCE COMO BASE DE LAS INSTITUCIONES SOCIALES, LOS DERECHOS DEL HOMBRE.

LA SOBERANÍA NACIONAL RESIDE EN EL PUEBLO, Y ES VOLUNTAD DEL PUEBLO CONSTITUIRSE EN REPÚBLICA.

EN LA REPÚBLICA TODOS NACEN LIBRES. LOS ESCAVOS QUE PISEN EL SUELO NACIONAL, RECOBRAN POR ESE SOLO HECHO SU LIBERTAD, Y TIENEN DERECHO A LA PROTECCIÓN DE LAS LEYES.

TODO PODER PÚBLICO DIMANA DEL PUEBLO Y SE INSTITUYE PARA SU BENEFICIO.

EL PUEBLO TIENE EN TODO TIEMPO EL INALIENABLE DERECHO DE ALTERAR O MODIFICAR LA FORMA DE SU GOBIERNO.

EN LA REPÚBLICA NO HAY FUEROS, NI SE RECONOCEN TÍTULOS DE NOBLEZA, NI PRERROGATIVAS, NI HONORES HEREDITARIOS.

SÓLO EL PUEBLO, LEGÍTIMAMENTE REPRESENTA-

DO, PUEDE DECRETAR RECOMPENSAS EN HONOR DE LOS QUE HAYAN PRESTADO O PRESTAREN SERVICIOS EMINENTES A LA PATRIA O A LA HUMANIDAD.

NADIE PUEDE SER OBLIGADO A PRESTAR TRABAJOS PERSONALES, SIN LA JUSTA RETRIBUCIÓN Y SIN SU PLENO CONSENTIMIENTO.

EN LA REPÚBLICA MEXICANA NADIE PUEDE SER JUZGADO POR LEYES PRIVATIVAS.

NADIE PUEDE EJERCER VIOLENCIA PARA RECLAMAR SU DERECHO.

LA PERSONA, LA FAMILIA, EL DOMICILIO, LOS PAPELES Y LAS POSESIONES, SON INVOLABLES.

EL DERECHO DE PETICIÓN ES ABSOLUTO, LA JUSTICIA GRATUITA.

LA MANIFESTACIÓN DE LAS IDEAS ES LIBRE.

LA ENSEÑANZA ES LIBRE, LA PROFESIÓN ES LIBRE, Y EL TRABAJO ES LIBRE.

LA LIBERTAD DE ESCRIBIR ES INVOLABLE.

¡TODO EN ESTA NACIÓN: EL SUELO, EL PUEBLO, EL HOMBRE, EL PENSAMIENTO Y LA PALABRA, TODO ES LIBRE!

*
* *

Por las excepcionales condiciones de su situación geográfica, por la benignidad de su clima, la riqueza de su suelo y el carácter de su pueblo, México está llamado a figurar, un día, entre las primeras potencias comerciales del mundo.

Posible es que, ocupando un lugar interme-

dio entre la poderosa Confederación Americana y las numerosas Repúblicas de Centro y Sud-América; cruzado por el ferrocarril del Istmo de Tehuantepec, cuya importancia estratégica y comercial es incalculable; y adquiriendo, como llegará á adquirir, una preponderancia excepcional, con la apertura del Canal de Panamá, se convierta en el centro, en el emporio de las operaciones comerciales, y tal vez militares, de los pueblos del Sur y del Norte, y de las plazas de Oriente y de Occidente.

Es posible también que se convierta en una gran República neutral, protegida y respetada por todas aquellas naciones, cuyos cuantiosos intereses militares, políticos y comerciales, quedarían a su vez favorecidos, equilibrados y amparados con la neutralidad perpetua del territorio mexicano.

Este privilegiado territorio, cuya forma general es casi la de un triángulo, teniendo por base la línea divisoria con los Estados Unidos, por vértice la península yucateca, y por lados 2,580 kilómetros de costa oriental en el Atlántico y 6,250 kilómetros de costa occidental en el Pacífico; mide una extensión casi cuatro veces mayor que la de Francia: 1.987,324 kilómetros cuadrados, con una anchura máxima, de 2,000 kilómetros en la frontera del Norte y con una anchura mínima de 216 kilómetros en el Istmo de Tehuantepec.

A la variedad de su clima, determinada por diferencias de altura y por la proximidad de dos océanos, debe el poseer tierras calientes, frías y templadas y el ser susceptible de producir todas las variedades vegetales del Globo.

Desde los majestuosos pinos que crecen en las heladas cumbres de la Sierra Madre, hasta la caña de azúcar que embellece las zonas tropicales de la costa, se encuentran en el suelo mexicano los más sabrosos frutos, las más hermosas flores y los más ricos cereales.

Los agaves producen alcohol y fibras textiles en cantidades asombrosas; el trigo, el algodón, el maíz, el hule, la vainilla, el café, los cocoteros y el cacao, dan pingües cosechas.

Hay una enorme variedad de plantas tintoriales, aromáticas y medicinales que producen resinas, bálsamos y gomas.

Bosques inmensos de maderas preciosas: cedro, ébano, rosa, caoba y limonero.

En las vastas llanuras se alimentan numerosas manadas y rebaños.

En sus frondosas selvas hay caza en abundancia: pumas, tigres, leopardos, jabalíes, ciervos y antílopes de varias clases, una gran variedad de pájaros canoros y aves multicolores de riquísimo plumaje.

Los dos mares que bañan las playas mexicanas, son muy ricos en pesca, y en sus costas se

encuentran las conchas más vistosas, el carey más preciado y las perlas más hermosas.

Los metales preciosos forman vetas de leguas de extensión, y sus innumerables minas producen oro y plata en cantidades fabulosas.

Tiene México yacimientos de cobre y montañas de fierro, que podrían fácilmente abastecer el mercado del mundo.

Regiones tan extensas y feraces como el Yacuí, que bastarían a alimentar un pueblo.

Muy vastos mantos de carbón de piedra, e inagotables acumulaciones de guano.

Mármoles, alabastros y tecalis, de una belleza insuperable.

Hay en sus bosques vírgenes y seculares, madera suficiente para reconstruir cualquiera de las grandes capitales del mundo; en sus montes, aun queda combustible para siglos, y el reciente descubrimiento de ricos yacimientos de petróleo, asegura un feliz porvenir a su industria.

*
* *

La población, siempre creciente, de México, pasa ya de 14 millones, y bajo el punto de vista etnográfico, puede dividirse en tres grupos principales:

1. Grupo europeo.
2. Grupo mestizo.
3. Grupo autóctono.

La proporción aproximada de dichos grupos es la siguiente:

Cincuenta por ciento de mestizos, treinta por ciento de indios y veinte por ciento de blancos o europeos.

A pesar de esto, la cohesión del conjunto es notable.

“La unidad moral del pueblo mexicano, dice el Príncipe Rolando Bonaparte, corresponde muy bien al magnífico conjunto geográfico de su territorio.

“La población mexicana está en plena fusión.

“Los mestizos están llamados a constituir el fondo de ella; pero ya desde ahora, gracias a la legislación y a las costumbres, son en todo y por todo iguales a los blancos, de raza más o menos pura.

“Tienen el sentimiento del patriotismo, rigen los destinos del país, se extienden desde Acapulco a Veracruz y desde Sonora hasta Yucatán, persiguen un mismo ideal y se encaminan hacia la unidad etnográfica. El porvenir es de ellos.

“Llegará un día en que, debido al atavismo, los rasgos étnicos de los europeos y de los indios puedan aún encontrarse en el pueblo mexicano, como se encuentran hasta hoy los rasgos de los árabes y godos en el pueblo español, y los de los fineses y los tártaros en el pueblo ruso; pero el espíritu nacional no será alterado.

“Ese día, los mexicanos hablarán una sola lengua, rica y armoniosa, y no tendrán más que una sola alma, noble y bien templada.”*

La cultura, cada vez mayor de la población de México; la extensa red telegráfica y las grandes líneas ferrocarrileras que facilitan la comunicación hasta entre los Estados más lejanos; las importantísimas mejoras últimamente realizadas en sus puertos; su brillante situación financiera; su floreciente comercio; la cordialidad con que acoge a los extranjeros; la paz de que disfruta; la perfecta tolerancia de cultos; la honradez y liberalidad de su Gobierno; sus extensas y firmes relaciones diplomáticas y la absoluta garantía que a todo hombre otorga su admirable y libérrima Constitución: todo esto ha concurrido para elevar esta joven República hasta el honroso puesto que hoy ocupa en el concierto político del mundo.

Contribuir con mis escasas fuerzas al creciente engrandecimiento de mi Patria propagando entre las naciones extranjeras el conocimiento de su incalculable riqueza, procurando atraer a nuestro suelo el valioso contingente del capital y del trabajo; tal ha sido mi propósito al escribir este libro.

Juzgo un deber de los escritores nacionales,

* “Le Mexique au debut du XX^e siècle.” Paris. Librairie Ch. Delagrave.

hacer saber al mundo, que el pueblo mexicano ha suprimido ya, desde hace mucho tiempo, el ADVERSUS HOSTES ÆTERNA AUTORITAS de los antiguos Romanos, adoptando el altruista principio de Séneca: EN NINGUNA PARTE ES EXTRANJERO EL HOMBRE; SU VERDADERA PATRIA ES EL UNIVERSO.

Es necesario demostrar al siglo XX, que el fértil y propicio suelo mexicano está libre para todos los hombres de buena voluntad, sea cual fuere la nacionalidad a que pertenezcan, la religión que profesen y los principios que reconozcan.

¡Sepan los habitantes de la Tierra, que nuestros puertos nacionales están francos para todas las banderas, y que el glorioso pabellón tricolor de la más libre de las repúblicas, ampara todas las libertades del hombre y garantiza todos los derechos de la Humanidad!

*
* *

Cien años han pasado desde el día en que del seno de una colonia esclava, nació, para la vida de la Historia, un pueblo libre, el pueblo mexicano.

Cien años han bastado para que aquellas embrionarias ideas de libertad, sembradas en las masas populares a principios del siglo XIX, hayan llegado al casi milagroso, al admirable

florecimiento de paz y de progreso en que hoy las vemos.

EN VIRTUD DE LAS CIRCUNSTANCIAS, LA SOBERANÍA HA RECAÍDO EN EL PUEBLO, QUE PUEDE CONSTITUIRSE COMO MEJOR LE AGRADE.

Tales fueron las frases pronunciadas hace un siglo por el patriota Licenciado Verdad, Síndico entonces del Ayuntamiento, al recibirse en México una sensacional noticia: la de la usurpación del trono español, por el pérfido corso Bonaparte.

Algunos días después, el primer mártir de la Independencia, el valiente Verdad, era secretamente ahorcado en su prisión, por orden de un verdugo, el Excmo. Sr. D. Pedro de Garibay, Mariscal de los Reales Ejércitos y Virrey accidental de Nueva España.

Se pudo ahorcar al hombre; mas no se pudo ahorcar el pensamiento.

Ideas de libertad habían ya germinado en la conciencia, en el alma del pueblo, y desde aquel momento la lucha había empezado.

El inmortal Allende, Capitán de Dragones, y organizador de la primera Junta revolucionaria, logró que el venerable Cura de Dolores se adhiriera a su causa, que acaudillara la insurrección, prestigiándola con su carácter sacerdotal, y en la mañana del 16 de Septiembre de 1810, la idea de aquel sublime ahorcado, el redentor Verdad, quedaba proclamada.

Empieza la epopeya con el asalto y toma del castillo de Granaditas.

Alármase el gobierno virreinal con este primer triunfo, y a la vez que reúne sus fuerzas para aprestarse a la defensa, publica el bando infame de 27 de Septiembre, ofreciendo la suma de diez mil pesos por cada una de las cabezas de Hidalgo, Aldama y Allende, los principales insurrectos.

Con tan abyeeta y cobarde medida, se deshonró el Virrey Venegas, y deshonró las armas reales.

La Inquisición y el alto clero lanzaron a su vez excomuniones y anatemas contra el noble caudillo insurgente y contra todos aquellos que abrazasen su causa.

Pero Hidalgo, sin arredrarse ante injuriosas amenazas, se dirige a Valladolid, plaza que ocupa sin hallar resistencia, y allí consigue que un gran prelado, el arcediano D. Mariano de Escandón, levante las excomuniones.

Hace, en seguida, publicar el altamente humanitario decreto de 19 de Octubre, aboliendo la esclavitud y aboliendo el *tributo*, aquel odioso impuesto que pesaba, no más, que sobre la infortunada raza indígena, y ya con este solo hecho inmortaliza su nombre, engrandece su causa y legitima y justifica por completo la gran revolución libertadora.

Vienen después: el memorable triunfo del

Monte de las Cruces, una serie de encuentros y combates, en los que la fortuna fué unas veces propicia y otras muchas adversa para las armas insurgentes; el desastre del Puente de Calderón; la ruin hazaña del traidor Elizondo en Acatita de Baján; el simulacro de proceso instruido contra los insurrectos; el martirio de Hidalgo, a quien se degradó de su carácter sacerdotal; el fusilamiento de éste y otros muchos jefes y la ignominiosa mutilación de los cadáveres de Hidalgo, Allende y Aldama, cuyas cabezas fueron llevadas a Guanajuato y puestas en la alhóndiga de Granaditas, enclavadas en garfios de hierro y escarnecidas por un letrero infamante.

Queda como jefe de la revolución, el valeroso D. Ignacio López Rayón, que consigue también algunos triunfos y organiza la Junta de Zitácuaro, en tanto que, con éxito variable, numerosas guerrillas hostilizan por todas partes al Gobierno.

Entretanto, Morelos, otro cura insurgente, se empieza a hacer temible por sus continuas victorias, y asediado por las bien organizadas fuerzas del feroz Calleja, sostiene, durante sesenta y tres días de constantes y reñidos combates, el famoso sitio de Cuantla, que con justicia está considerado como uno de los más gloriosos episodios de la guerra de independencia.

Tras una larga serie de brillantes combates, el valiente estratégico Morelos, sacrificándose

por salvar al Congreso revolucionario, es derrotado en Teshmalaca, hecho prisionero y fusilado, al fin, en San Cristóbal Ecatepec, el 22 de Diciembre de 1815.

Con su muerte, sufre la causa revolucionaria un rudo golpe; mas quedan sobre el teatro de la guerra numerosos patriotas, que bregan sin cesar contra las armas reales.

Distínguese Guerrero, el indomable luchador de las montañas, que se sostiene allá en el Sur, con valor y constancia inquebrantables.

Pero a pesar de tantos sacrificios, al terminar 1816, el partido insurgente parecía por completo subyugado.

Un hecho inesperado vino a reanimarlo.

El día 15 de Abril de 1817, desembarcó en la barra del río de Santander, un joven generoso, valiente y abnegado, el Sr. D. Francisco Javier Mina, caballeresco guerrero español, que abrazó nuestra causa, combatiendo por ella hasta su muerte, acaecida el día 11 de Noviembre del mismo año, fecha en que fué tomado prisionero y fusilado.

“La expedición de Mina, dice el historiador Alamán, forma un episodio corto; pero el más brillante de la revolución mexicana.”

Nuevos caudillos reemplazan sin cesar a los que mueren, y a pesar de las muchas derrotas, y a pesar de los muchos desastres, continúa la guerra.

1020003211

Bravo, Torres, Trujano, Matamoros, Abasolo, Galeana y tantos otros que murieron por darnos libertad, aun viven en la eterna gratitud y en la memoria del pueblo libertado.

Iturbide proclama el Plan de Iguala, firma con el Virrey O'Donojú los tratados de Córdoba, y entra por fin a México el 27 de Septiembre de 1821, a la cabeza del Ejército Trigarante.

La independencia estaba conquistada, y torrentes de sangre habían corrido . . .

¡Noble y valiente sangre de patriotas, que aun habría de correr por muchos años, hasta empapar el suelo mexicano!

*
* * *

El ambicioso y débil Iturbide, se deja proclamar Emperador, acepta el trono y muere en el cadalso . . .

¡Siempre sangre!

Proclamada el día 4 de Octubre de 1824 la Constitución Federativa, es electo Presidente un hombre honrado, un patriota modelo, Guadalupe Victoria.

Tuvo este ilustre hijo de Durango, la honra de solemnizar por vez primera el aniversario de la proclamación de nuestra Independencia y hacer efectiva la emancipación de los esclavos, ya antes decretada por Hidalgo.

“Esclavos: en este día en que se celebra el aniversario de la libertad, recibidla en nombre de la Patria, y acordaos de que sois libres por ella, para servirla, para honrarla y para defenderla.”

Tales fueron las frases pronunciadas en acto tan sublime, por el modesto general republicano.

Las páginas que siguen son páginas de sangre en nuestra historia.

Guerras, calamidades y miseria, entre continuas luchas fratricidas.

Desembarca Barradas en tierra mexicana, el 27 de Julio de 1829, y derrotado por Santa-Anna y por Terán, es expulsado.

Viene después la insurrección de Texas.

Luego la inicua guerra, la de los pasteles, que nos declara Francia, cuya escuadra rompe sus fuegos contra San Juan de Ulúa el 27 de Noviembre de 1838.

Continúan los combates fratricidas, y entretanto, los Estados Unidos nos declaran la guerra más injusta de las que han declarado.

¡Tiempos negros!

Viene el año funesto de 1847, y en Padier-na, en Churubusco, en Molino del Rey, en Chapultepec y en todas partes en donde el invasor encuentra mexicanos armados, vuelve a correr la sangre . . . mucha sangre . . .

Nuestros males parecen incurables.

Los hombres nos combaten, los dioses nos castigan.

Un siniestro viajero nos visita: llega el cólera morbus.

Tras el cólera morbus, la dictadura de Su Alteza Serenísima, el megalómano Santa-Anna.

El 1º de Marzo de 1854, es proclamado el Plan de Ayutla, y siguen combatiendo encarnizadamente hermanos contra hermanos.

(Fue al iniciarse la revolución de Ayutla, cuando un oaxaqueño, un joven estudiante de derecho, justamente indignado ante el descaro de algunos miserables esbirros de Su Alteza Serenísima, que hacían un simulacro de elecciones en Oaxaca, se sublevó contra el escarnio del sufragio, y votó altivamente en favor del caudillo suriano, D. Juan Álvarez, el mayor enemigo de Santa-Anna.

El audaz estudiante tuvo que refugiarse en la montaña para salvar la vida, mientras llegaba la hora de salvar la Patria.

Esa hora se acercaba, porque aquel estudiante fugitivo era el hombre esperado, el prometido, el predilecto del Destino, estaba ya marcado por la Gloria y habría de subyugar a la Fortuna, se llamaba Porfirio).

Después del Plan de Ayutla, el Plan de Tacubaya: muchos planes, pero más y más sangre . . . ¡Siempre sangre!

Una fecha gloriosa: 5 DE FEBRERO DE 1857,

día en que el Congreso expidió nuestra Constitución Fundamental, de la que estamos orgullosos.

El 18 de Enero de 1858, el Presidente de la Suprema Corte establece el Gobierno Constitucional en Guanajuato.

Pero el rencor y el odio no se extinguen.

Tal parece que el genio de Caín batía sus negras alas en el hermoso cielo mexicano, que estábamos malditos, transformados en monstruos, y para siempre condenados a devorarnos los unos a los otros en el regazo mismo de la madre, sobre el bendito suelo de la Patria. . . .

Como siempre, los sacerdotes se conjuran, azuzan a los Judas y encienden los rencores.

Sobreviene una nueva y aun más siniestra lucha, y aun más sangrienta guerra, llamada de Reforma.

Cae el impopular gobierno de Miramón, con el desastre de Calpulálpam, en donde el Presidente conservador es derrotado por González Ortega, y en 1º de Enero de 1861, entra Juárez a México y organiza su gobierno; pero quedan en pie muchos y muy temibles jefes conservadores que prosiguen la lucha.

La siniestra figura de Leonardo Márquez, descuella entre otras muchas figuras de asesinos, y la noble figura de Porfirio, el estudiante oaxaqueño, que ahora es Coronel y ha conquistado ya muchos laureles, se destaca soberbia en

Jalatlaco, dando un terrible golpe al sanguinario Márquez, al futuro lugarteniente del Imperio.

Con la estúpida y torpe aventura de Napoleón, *el Fracasado*, las rastreras intrigas del clero mexicano y los traidores, y la nefanda Intervención francesa, empieza otro año negro, 1862, año en que llegan a Veracruz los buques enemigos.

Vuelve a correr la sangre. . . . mucha sangre, francesa y mexicana. . . . ¡Siempre sangre!

Una junta de malos ciudadanos, la *Junta de notables*, ofrece el imposible TRONO MEXICANO a un príncipe infeliz, el Archiduque de Austria, que engañado lo acepta, y paga con su vida, no el engaño, sino los atentados que cometió o le hacen cometer sus consejeros.

Un príncipe extranjero es proclamado Emperador del pueblo más patriota y más republicano de la Tierra. . . . ¡Qué sarcasmo tan cruel en nuestra historia!

El efímero Imperio se desquicia, el deleznable trono se derrumba y el monarca se rinde.

No entrega la corona, porque ya no la tiene; pero entrega la espada, porque ya no le sirve.

Condenado a morir, es fusilado, y muere dignamente, con el valor sereno de un Hapsburgo, como deben morir los de su estirpe.

A su lado murieron los dos jefes que le fueron más leales: Miramón y Mejía.

¡Sangre de reyes, genuina sangre real, corrió esta vez mezclada con sangre de plebeyos y traidores!

Por este tiempo, hemos vuelto a encontrar al estudiante oaxaqueño, que ahora es General, y le hemos visto en Miahuatlán, la Carbonera y Puebla, siempre sobre las huellas enemigas, siempre contra las huestes invasoras y siempre en el camino de la gloria.

Tras el brillante asalto del 2 de Abril y la toma de Puebla, el vencedor Porfirio Díaz avanza sobre la Capital, a la que pone sitio.

Márquez, acobardado, deja el mando a Tabera y se esconde, como Vidaurri y otros jefes imperiales.

Iniciado el asalto, Tabera capitula, y el 21 de Junio de 1867, el estudiante aquel que había salido huyendo de Oaxaca para salvar la vida, mientras llegaba la hora de salvar a la Patria, entra triunfante a México, y él mismo enarbola con sus manos, sobre el Palacio Nacional, el victorioso pabellón tricolor de la Patria salvada.

El día 15 de Julio llegó a la Capital el Presidente Juárez y tomó posesión del Gobierno, que entregó el sitiador, al entregar la plaza conquistada.

Noble y grandiosa fué la lucha sostenida por Juárez.

Su patria, las Américas, la Historia le han hecho ya justicia, inscribiendo su nombre entre

los nombres inmortales de los benefactores de la Humanidad, y el pueblo mexicano, agradecido, rinde perenne culto a su memoria.

Juárez no era infalible.

Como gobernante, cometió graves errores.

Sus errores provocaron de nuevo la discordia, y de nuevo volvió á correr la sangre.... ¡Siempre sangre!

La revolución, aunque esta vez contaba con jefes prestigiados, sucumbió ante el valor de los jefes gobiernistas, la disciplina del ejército y la energía del Presidente.

“Cuando mediaba 1872, no quedaban más que girones de la tormenta, enredados en los picos de las lejanas serranías: la revolución, herida de muerte y fugitiva, buscaba refugios, ya no reparos para apoyar nuevos ataques.”

“La autoridad y la fuerza moral del Gobierno habían cobrado energías nuevas en la brega: obligar al país político, educado en la revuelta perpetua, a la paz a todo trance; ahogar en sangre el bandolerismo y la inseguridad; empujar la gran obra material de que dependían las otras; entrar en relaciones diplomáticas con las naciones europeas, para dar pábulo y seguridad al comercio internacional; poner en estudio todas las grandes soluciones prácticas posibles de nuestro estado económico: la colonización, la irrigación sistemática del país agrícola, la libertad interior de comercio, y conjurar con esto el

avance constante en la reorganización de nuestro régimen hacendario; aumentar los elementos de educación para transmutar al indígena y al mestizo inferior en valores sociales, tal era el programa de la paz con tan cruenta labor reconquistada. Pero no por eso descuidaba Juárez la mejora política: sus dos miras finales, ansiosas, persistentes, convertidas en hierro por su voluntad, eran la creación de un Senado para equilibrar la acción legislativa, sin contrapeso alguno en nuestra Ley fundamental, y la constitucionalización de los principios de Reforma, para hacer de ésta la regla normal de nuestra vida política y social.”*

Magna era, en verdad, la labor que abarcaba este programa, y es dudoso que aquel Gobierno, falto de recursos, hubiera conseguido realizarla, y es un hecho que la revolución estaba herida, pero no *de muerte*.

El herido de muerte era el gran Juárez, en cuyo corazón ya se iniciaba la cruel enfermedad que le arrancó la vida.

*
* *

Un día de duelo, el 18 de Julio de 1872, expiró el gran patricio, en la solemne, muda serenidad atávica y grandiosa de su raza, sin reve-

* Justo Sierra.—México. Su Evolución Social.—J. Ballezá y Cía. Sucesor, Editor.—México, 1901.

lar en el semblante angusto, ni el acerbo dolor que le mataba, ni la inmensa tristeza de su alma: la infinita tristeza del que muere sin poder terminar una gran obra.

El hombre de la Reforma había concluido, y el hombre de la Paz había empezado.

Entre el Reformador que se iba, y el Pacificador que venía, quedaba Lerdo, es decir: nadie.

Porque el gobierno de Lerdo, sucesor de Juárez, no fué de trascendencia en el desenvolvimiento de nuestra nacionalidad, ni de gran significación en nuestra historia.

El único suceso de importancia en este tiempo, fué la proclamación del Plan de Tuxtepec y la revolución consecutiva, cuyo triunfo llevó al poder al hombre que ha podido, después de muchos años de abnegación y de trabajo, realizar el programa con que llegó a soñar Benito Juárez.

La mala situación creada en el país por tantos y tan grandes errores e infortunios en que habíamos caído, llegó en tiempo de Lerdo a ser insoportable.

Dice D. Justo Sierra:

“El peligro de aquella situación era psicológico, estaba en Lerdo mismo, estaba en un defecto intelectual, que suele ser propio de los talentos extraordinarios, como el suyo indudablemente lo era: no creía necesitar de nadie para la acción; no creía necesitar de consejo, no de-

liberaba, se informaba negligentemente y decidía sin elementos suficientes muchas veces. Lerdo era un gran señor, capaz de hacer cosas admirables, arrimado a un gobernante de carácter soberano.

“En dos años rápidos, 74 y 75, se le vió pasar del prestigio al desprestigio; de la popularidad sin sombras, a una impopularidad que pudo al fin llamarse absoluta.”

Tiene razón, en parte, el Sr. Sierra.

El peligro de aquella situación era psicológico; pero no estaba en Lerdo, estaba en el pueblo mismo, que necesitaba, a todo trance, no un *gran señor*, sino un gran gobernante.

Para otra nación, para otro tiempo, Lerdo hubiera bastado; para el México de aquella época, era insuficiente.

Lo que en aquel aciago tiempo se necesitaba, era el *gobernante de carácter soberano*.

Lerdo no tuvo el patriotismo necesario para entregar el puesto que ocupaba contra la voluntad de la Nación entera, y fué preciso que la revolución de Tuxtepec le derrocara.

Han pretendido algunos descontentos, echar sobre Porfirio Díaz toda la responsabilidad de aquella última revolución, que nos ha dado la paz que disfrutamos y todo cuanto somos y valemos.

Creo que obra de un pueblo, y no de un hombre, fué la revolución tuxtepecana; pero si

fué Porfirio Díaz el que la hizo, puede estar orgulloso de haberla hecho.

La situación de México era, entonces, la angustiosa, la triste situación de un pueblo descarriado, que a fuerza de constantes decepciones y amargos desengaños, ha perdido la fe en el porvenir y la esperanza de alcanzar el ideal ambicionado.

Al entrar en el último tercio de ese fecundo siglo XIX, faltaba a nuestro pueblo, lo que hoy, al empezar el siglo XX, le ha faltado a otro valiente y abnegado pueblo, al pueblo lusitano: un alma, una creencia, una bandera.

Dice el gran pensador republicano, el Víctor Hugo portugués, Guerra Junqueiro:

“Todo era fácil, todo era sencillo, desde el momento en que se nos diese una fe, una creencia, vida luminosa, un alma.

“Eso es lo que nos falta: un alma en lo más alto, un alma al frente de los destinos del país, un alma que sienta nuestros dolores, que padezca con la Patria y llore y rece con ella.

“El pueblo, aun es capaz de resucitar.

“Hay en él, en el fondo de ese pueblo, un enorme peculio de inteligencia y de resistencia, de sobriedad y de bondad, que es un tesoro oculto.

“Fuera el Jefe del Estado un hombre a la altura de su misión y de su destino, y la nación moribunda se levantaría como por encanto, y

poco se me importaba a mí la forma de Gobierno; lo esencial es la forma del gobernante.

“La seguridad de la Patria exigía urgentemente al frente del Gobierno, un hombre de superior inteligencia, de altivo carácter, de ánimo heroico, que resolviera la cuestión económica, y la política, y la moral, llamando al empeño su voluntad sobrehumana y el sacrificio de todos.”

Si del infortunado pueblo portugués, aun no ha surgido el hombre extraordinario, de voluntad, de ánimo y carácter, soñado por Junqueiro, en México surgió, por nuestra dicha, y contamos con él desde hace cincuenta años.

Voluntad sobrehumana, resistiendo por más de medio siglo el formidable embate de las luchas civiles y extranjeras, la colisión de todas las pasiones y el oleaje de todos los furiosos: la envidia, la ambición y la calumnia, la ingratitude y las traiciones. . . .

Carácter tan altivo y tan entero, que ni se doblegó ante el infortunio, ni ante las amenazas ha cedido, ni ante la adulación y las lisonjas ha flaqueado. . . .

Animo tan heroico, que ha podido llegar, sin que los vértigos le aturdan, a esa temible y prodigiosa altura en que sólo se mecen los cóndores. . . .

Todo lo tiene este hombre incomprensible, que aplicando su poderosa acción a la acción

de su tiempo y de su medio, logró, por yo no sé qué fenómeno increíble de la vida social, dar a su pueblo un alma colectiva, conciencia nacional y un elevado sentimiento de patria.

El ideal del poeta-filósofo Junqueiro, eso es Porfirio Díaz para nosotros, y eso será también para la Historia.

Sus mismos enemigos no han podido hasta ahora reprocharle, más que el haber acaudillado, en favor de los derechos de sus conciudadanos, un movimiento revolucionario que, por cierto, hace honor a su civismo.

Por sus hechos, tenemos el supremo, el absoluto derecho de juzgarle; mas la revolución no fué obra suya.

Las revoluciones no las hacen los hombres, las hacen las ideas.

No estallan de improviso, por generación espontánea, y, como dice Fuscini: no son hijos sin padres, sin antecedentes, sin hondos y costosos preparativos en las entrañas de la sociedad que las produce.

Nada en el orden físico brota, nace o germina por vía espontánea, y en la vida política y social, regida por las mismas eternas e inmutables leyes de la Naturaleza, tampoco nace, brota o crece una revolución trascendental, sino tras larga y dolorosa gestación, que suele durar siglos.

Entre nosotros, la revolución sólo fué *un hecho*, y creo con Luis Morote, que:

“Ante la augusta, majestuosa serenidad e imparcialidad de la Historia, los hechos no son inocentes ni criminales, no son antipáticos o simpáticos: son *hechos*.”

“La ley social, como las leyes físicas o naturales, ha de cumplirse inexorablemente para que exista el orden supremo de la armonía cósmica, de la evolución universal.

“Las catástrofes sociales, como las catástrofes bíblicas, los diluvios y los terremotos, producirán eternamente hecatombes humanas, constituyendo hechos fatales, como la ley de gravedad, y a la razón no le toca más que explicarlos, no juzgarlos.”

*
* *

Desde el año 1871, el hombre que durante la revolución de Ayutla salió de la escuela para empuñar las armas por odio al despotismo; el que en la guerra de Reforma sostuvo la Independencia nacional, hasta restablecer el gobierno en la capital de la República triunfante; ese mismo hombre ofreció consagrar cuanto valía y cuanto era, a la causa del pueblo, y lo ha cumplido.

Y no sólo ha cumplido, sino que ha consagrado a esa causa del pueblo, hasta su ancianidad inverosímilmente vigorosa.

Ancianidad que otro cualquiera hubiera con-

sagrado al descanso, al hogar, a la familia, al deleite del triunfo y a la tranquila satisfacción de la victoria.

Después de tanta lucha, ¿quién no anhela descansar en un lecho de laureles, ungido por la gloria, mecido por las brisas de la patria y arrullado por la voz cariñosa de sus hijos y los himnos de un pueblo agradecido, ante la admiración del mundo entero?

¿Y quién, en su lugar, no habría soñado con restaurar el trono de Cuauhtémoc y ceñir a sus sienes triunfadoras, la corona arrancada en cien combates, al noble descendiente de los altivos césares germanos?

¡Imaginaos al victorioso Cónsul Bonaparte, renunciando el Imperio y la diadema, para él, para su esposa y para su hijo, en el momento mismo en que ponía su pie sobre las gradas del trono de San Luis y Enrique IV, y así tal vez podréis medir el sobrehumano esfuerzo que el cerebro más firme, que el hombre más sensato necesita, para sentir bajo sus pies un cetro y tener en su mano una corona y . . . resistir la tentación más loca!

*
* *

Pasa un siglo, y ante la muda, incomprendible eternidad del tiempo, un siglo nada cuenta.

Nace un pueblo, y entre el confuso torbellino de razas y de pueblos que nacen, se atropen-

llan y se extinguen, un pueblo más o menos, nada significa.

Surge un hombre, y entre los miles de millones de hombres que pasan sobre el mundo, luchando por la vida, en perpetuo desfile hacia la muerte, un hombre nada vale.

Mas si el siglo que pasa es un gran siglo de lucha, de combate, de abnegación y sacrificio. . .

Y si el pueblo que nace es un gran pueblo que, al nacer a la vida, nace a la libertad que le redime, al progreso que le enaltece y al trabajo que le santifica. . .

Y si el hombre que surge es un gran hombre, que surgiendo del hondo y negro abismo de las sangrientas luchas fratricidas, del caos de la anarquía y del exterminio, viene a esgrimir su espada vengadora contra los enemigos del derecho, para salvar a sus hermanos de la miseria, y a su raza de la esclavitud y a su patria de la tiranía. . .

Si tal cosa sucede, como sucede siempre que la Fatalidad, la Providencia o el Destino, unen la acción del tiempo a la influencia del medio, al esfuerzo de un pueblo y al empuje de un hombre, para crear una patria, conquistar un principio y trazar una historia. . .

Entonces, ese siglo y ese pueblo y ese hombre, significan, no ya lo que un jirón de tiempo perdido en los arcanos de lo eterno, ni lo que un extraviado rebaño peregrino, marchando ha-

cia lo incierto sobre el árido polvo del planeta, ni lo que un miserable ser humano, agotando su estéril esfuerzo en los desastres de la ruda brega.

Entonces, ese siglo y ese pueblo y ese hombre, representan el más heroico impulso, el más hermoso triunfo, el más glorioso paso en el sendero del progreso humano, y como el iris, simbolizan la más dulce promesa de paz y de ventura, la más risueña calma, tras el sordo fragor del huracán enfurecido y el pavoroso estrago de la tormenta desatada.

*
* *

Un gran siglo del mundo, un gran pueblo de América y un gran hombre de México, indisolublemente confundidos en esa trinidad generadora de prodigios, que obedeciendo a inquebrantables leyes, rige la evolución y los destinos de las razas humanas, han logrado, por fin, tras formidables conmociones, realizar el portentoso: crear una nación tan firme y vigorosa, que ya desde su infancia marcha por el camino del progreso, con el potente paso con que marchan las más cultas naciones del viejo Continente.

Busco, en vano, al dirigir la vista a lo pasado, un hecho semejante, y por más que investigo, no lo encuentro tampoco en el presente.

¿Es la influencia del siglo? ¿Es la índole del pueblo? ¿Es el genio del *hombre* lo que a otras repúblicas hermanas ha faltado para alcanzar el triunfo que nosotros hemos obtenido?

Problema es éste, muy superior a las escasas fuerzas de un escritor, a quien quizás ofusca el patriotismo: su exacta solución nos la dará la Historia.

Y entretanto: ¡A luchar, pueblo elegido!

Cien años has bregado, y es mucho lo que has hecho, y es mucho lo que tienes; pero aun es mucho más lo que te falta.

Ese fulgor de gloria, que circunda tu frente de titán recién nacido, es nada más que un Orto de esperanza, y aun faltan muchos siglos para que llegue tu brillante Ocaso.

La lucha no ha cesado, ni cesará jamás, mientras existas; pero ha de ser ya otro el teatro de la guerra.

En lo futuro, se luchará en la gleba y en la escuela.

Los combates se han de seguir librando en los talleres.

Tus soldados no esgrimirán los sables homicidas, ni empuñarán sangrientas bayonetas.

Empuñarán la escuadra y el arado; esgrimirán la pluma y el martillo, y sus gritos de guerra serán siempre:

¡Progreso . . . Paz . . . Libertad de pensamiento!

Ya una generación viril y adelantada, tu juventud, que está sobre la brecha, va lanzando esos gritos y arrollando cuantos estorbos surgen a su paso.

Ya tus cañones han enmudecido. . . .

Tus clarines tocan himnos de paz al pie de tus clavadas y gloriosas banderas, y tus armas están colgadas ya; pero debajo de ellas y escrito con la sangre de tus hijos, aun se puede leer: *¡Nadie las mueva!*

Salve, valiente pueblo mexicano, que apenas escapado del abismo, y con la frente aun ensangrentada, te aprestas a escalar las altas cumbres de la ideal perfección indefinida. . . .

Hoy, al verte pasar hacia la altura donde el excelso porvenir te espera, todos los hombres libres te bendicen, todos los pueblos cultos te respetan y todas las naciones te saludan.

México, Septiembre 15 de 1909.

NOTA DEL AUTOR.—He reproducido en este libro la introducción de mi obra "Un Pueblo, Un Siglo y Un Hombre," porque en breve resumen contiene los primeros cien años de nuestra historia, y puede interesar a los lectores extranjeros.

V

FUNESTA OLIGARQUIA.